

El liberalismo colombiano ante la política, la economía y la sociedad de la época

GABRIEL ROSAS VEGA**
IVAN MARULANDA GOMEZ***

El Liberalismo y la época

El Partido Liberal tiene unas ideas con las cuales ha jugado papel determinante en el destino de Colombia. Es urgente definir hoy en día una política liberal clara para interpretar y enfrentar esta época convulsionada y de crisis profunda: Política que trace un horizonte y un porvenir para la Nación; Política que además determine los procedimientos concretos que sirvan de instrumento para materializar el ideal de una sociedad libre, justa y progresista.

Frente a las crudas realidades nacionales y a las enormes dificultades en que se debate la sociedad colombiana, surgen para el partido dos preguntas fundamentales: Qué sentido tiene para el liberalismo la política en el escenario de la Nación y qué responsabilidades asume en el ejercicio del poder.

La política para el liberalismo no puede ser un simple ejercicio electoral que culmina con la conquista de dignidades públicas. Desde el momento mismo en que el liberalismo recibe el respaldo popular,

* Lectura en el Primer Foro Nacional del Liberalismo realizado en el Capitolio Nacional de Bogotá.

** Economista, actual Ministro de Agricultura, senador de la República, exdecano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Pontificia Universidad Javeriana, politólogo.

*** Economista, senador de la República, exalcalde de Pereira, profesor universitario.

empieza su gran responsabilidad: Gobernar y dirigir a la sociedad con eficacia en la conquista del bien común. Esto realiza al partido, le otorga una razón de ser y le garantiza la supervivencia del respaldo popular. Lo contrario, no sólo hace estéril el esfuerzo del partido y le mina su ascendiente en las masas, sino que deja a la Nación al garete. Cuando el liberalismo como partido mayoritario en Colombia pierde su norte y su capacidad de orientar a la sociedad, ésta se anarquiza y se unde impotente en medio de sus conflictos.

Si el liberalismo no tiene claro que sus grandes ideales y su laboriosidad al servicio de ellos ha constituido la esencia de su poderoso influjo en la historia de Colombia, estará condenado a desaparecer. De la vigencia del liberalismo dependen la libertad del ciudadano, su dignidad y la garantía de sus derechos; la paz; el desconocimiento de los privilegios; la igualdad de oportunidades; la democracia; el progreso con justicia social.

El liberalismo propicia la intervención del Estado en la vida del país. No la capacidad represiva para imponer conductas o crear hechos por la fuerza bruta, sino la acción del Estado para dirigir y estimular los esfuerzos y los recursos hacia el desarrollo colectivo, garantizando las libertades, el supremo interés de la justicia social y el acatamiento al orden jurídico.

El asunto más crítico para resolver en la actualidad, es conjurar las diferentes manifestaciones de violencia que están disolviendo a la Nación. El partido debe ejercer en el gobierno del país su acción renovadora e innovadora, conservando el orden y la tranquilidad pública. Atemperar los espíritus y canalizar las energías para que sean constructivas para la sociedad, es un propósito al que se debe entregar con entusiasmo y consagración el liberalismo.

El partido debe reaccionar ante la responsabilidad que tiene por la circunstancia de encontrarse a la cabeza del Ejecutivo un ciudadano liberal y, además debe precisar las cargas que ha de imponerse para reconstituírse así mismo y reconstituir al país de acuerdo con sus ideales. Debe percatarse que es hora de austeridades, de reflexiones y de correcciones sustantivas al margen de intereses personales y locales. Para ésto, el liberalismo requiere una autoridad y una organización aglutinantes, democráticas, que permitan la acción coherente y disciplinada de la colectividad en los distintos escenarios del poder y de la vida pública, girando siempre con coherencia y compromiso auténtico alrededor de sus tesis.

Un concepto definido de desarrollo

Con frecuencia los programas que sustentan la acción del partido han girado en torno a la retórica del desarrollo económico y de la distribución del ingreso, sin que haya verdaderas políticas para lograrlos. Según las circunstancias, se estructura una argumentación para despertar la respuesta electoral de una opinión que cada vez con mayor desconfianza y escepticismo se hace presente, porque coteja aspiraciones con realidades concretas.

Sin dejar de reconocer los avances alcanzados en el proceso económico y social del país, comprobables con algunos signos de la calidad de vida, debemos reconocer que los cambios han estado asociados más a la influencia tecnológica y económica del mundo, que a patrones de desarrollo elegidos de acuerdo con objetivos sociales y políticos bien definidos y predeterminados por la ideología y los programas del partido. La verdad es que, por ejemplo, el crecimiento ha sido desigual y privilegiado en favor de unas minorías.

No se puede ocultar la estremecedora situación de los pobres: Su falta de capital físico, de formación y capacitación, de acceso a las oportunidades y a los derechos económicos, sociales, políticos, reconocidos al ser humano. Ni ocultar que esos pobres son la inmensa mayoría en Colombia.

El liberalismo ha permitido el dominio de las fuerzas del mercado en la formación productiva y social del país. Como una simple prueba de ello están los frustrados intentos de hacer transformaciones en la estructura y el uso de las tierras urbana y rural, o la indiscriminada y traumática distribución de la población a lo largo de las últimas décadas.

Si bien es cierto que a medida que se produce el crecimiento sus beneficios se reparten de alguna forma, es también cierto que existen obstáculos que impiden que a él accedan los pobres.

El rápido incremento de la población, no obstante haberse atenuado, ha generado exceso de oferta de mano de obra no calificada. Dado que no se pueden absorber como empleados, la gran mayoría de los pobres son campesinos o ciudadanos que subsisten en la miseria y en la franca discriminación.

Para el liberalismo, el tratamiento de los problemas de los grupos

de pobreza es el punto focal de la lucha. Tal misión reclama no sólo enunciados genéricos, vacíos de contenido y proyección, sino compromisos auténticos, así como el diseño de programas concretos e integrales.

La planeación y la distribución del ingreso

Son inaplazables las acciones dirigidas a reivindicar la importancia de la planeación y restablecerla en el manejo del Estado como un instrumento indispensable del desarrollo.

No puede seguir prosperando la costumbre de conducir la economía colombiana al antojo de los mecanismos del mercado y en la perspectiva del corto plazo. No se trata de constreñirla a una camisa de fuerza, sino de darle un mapa que guíe las decisiones del gobierno y de los particulares.

La planeación se justifica en la medida en que no puede ser el capricho de los actores de la economía el que decide sobre la suerte de los conciudadanos, sino que debe ser la decisión consciente, concertada, predeterminada dentro del conjunto social, la que debe orientar el proceso de desarrollo que en suma, interesa y afecta a toda la población.

Por la disciplina y rigurosidad que este concepto implica, el partido debe aceptar que la acción e intervención del Estado no puede ser obra del casuismo y la improvisación, sino el producto de una cuidadosa observancia del ideario que lo inspira y de los principios que definen su política y sus programas.

En cuanto a la distribución del ingreso, cabe recordar que el partido liberal garantiza y estimula la propiedad privada, como también favorece y acoge las iniciativas individuales. Pero además afirma con énfasis que el Estado tiene la obligación de intervenir siempre que sea necesario establecer un verdadero equilibrio de los derechos de las personas en la sociedad, lo mismo que de las regiones en el crecimiento conjunto del país a fin de que el progreso no sea una fuerza avasalladora al servicio de intereses individuales o territoriales excluyentes, sino una energía concurrente hacia el bien común.

Hay que registrar tres hechos en relación con los propósitos de la distribución del ingreso: En un plano general, la concentración perniciosa de los medios de producción y de las oportunidades, se

están convirtiendo en el peor enemigo del esquema de propiedad privada. En el plano de la política, no existe una verdadera voluntad y determinación para atacar de raíz la mala distribución del ingreso. Y en un plano más específico, lo que ocurre en el sector financiero donde, sin medir los efectos sociales y redistributivos, se adoptan decisiones contrarias al bien común.

La inequidad está en el origen de la subversión y de las expresiones violentas de inconformidad, así como el narcotráfico es el subproducto de la perniciosa valoración del enriquecimiento material como falso objetivo de la existencia humana.

El enriquecimiento fácil y el atropello que traen consigo el tráfico de drogas, la especulación y el usufructo de posiciones privilegiadas, deben ser proscritos del escenario nacional, y a ello debe estar dispuesto el liberalismo. El trabajo honrado, consagrado al constructivo desarrollo del individuo, de la familia y de la sociedad, debe dejar de ser una carga en la conciencia de los colombianos y pasar a constituirse en un deber y en un derecho que el liberalismo propicie y proteja dentro de ese contenido de que el trabajo lleva consigo una conducta dignificante para el ser humano.

Es evidente que las condiciones que alimentan la delincuencia común, la acción guerrillera, el terrorismo y la descomposición social, en parte importante tienen origen en elementos claros de inseguridad en el sistema económico y social que conducen a una mala distribución del ingreso, de la propiedad y de las oportunidades. Esta situación conduce además, en forma inevitable, a una deformación en el sistema de representación popular y en el ejercicio de la democracia.

No cabe duda que al liberalismo le corresponde hacer todo cuanto sea necesario para poner en marcha una acción que revierta la pésima distribución del ingreso.

Inflación: punto neurálgico de la acción

Es preciso repetir que la inflación es el impuesto más injusto y la carga más onerosa que la sociedad puede hacer recaer entre sus miembros. Además, es otra de las causas del desequilibrio y del desorden social. Los avances logrados por la producción terminan esfumándose por obra de este fenómeno, y la gran masa de asala-

riados, lo mismo que los pequeños propietarios, ven disminuir sus recursos en forma acelerada: Los únicos beneficiarios de la inflación son los monopolios y la gran empresa organizada.

No ha habido en el país decisión y consenso sobre la necesidad y la forma de atacar la inflación. Esto es evidente en los últimos meses. Los períodos de disciplina anti-inflacionaria han pasado, el problema se ha vuelto crónico y se han abierto camino los intereses cerrados y estrechos de quienes se benefician de las alzas de Precios. En estas condiciones, el partido liberal tiene la obligación histórica de ponerse al frente de la lucha anti-inflacionaria. Y esta lucha exige austeridad, liderazgo y voluntad de tocar intereses poderosos creados en el seno de la sociedad, en detrimento del bienestar general. Se necesitan políticas diseñadas, no sobre fundamentos teóricos extraños a nuestro medio sino con base en las realidades y en las posibilidades del país, promovidas y sustentadas por el trabajo incansable y disciplinado de la colectividad.

Políticas fiscal y monetaria

La lucha contra la inflación y por la redistribución del ingreso tiene íntima relación con las políticas fiscal y monetaria, y su obligada coordinación.

En tal sentido, es indispensable contemplar la cuestión fiscal en el contexto amplio de la tributación, el gasto público, el endeudamiento interno y externo y las tarifas de servicios.

Para una política fiscal eficiente, la tributación debe conformarse de tal manera que los impuestos directos tengan preeminencia sobre los indirectos, en virtud de los principios de equidad defendidos por el Partido. Además, la dependencia de recursos nacionales que le den firmeza a las finanzas públicas, también debe hacer parte del planteamiento de la política económica.

Intimamente vinculado con este aspecto está la disciplina y el control del gasto público, práctica soslayada en los últimos tiempos en perjuicio de la economía nacional. Si el liberalismo quiere darle solución duradera a los problemas, debe poner en práctica una estrategia que elimine todo exceso en materia del gasto público. Proscribir la extendida costumbre de tomar por asalto el presupuesto público, arrancando jirones para favorecer unos cuantos amigos políticos. Es urgente impedir el despilfarro y cuidar la efi-

ciencia del gasto, midiendo las consecuencias de cualquier erogación, desburocratizando el trámite de las cuestiones públicas y convirtiéndose en guardián del programa de desembolsos. Ese debe ser el punto de referencia obligado a cumplir por el liberalismo.

En lo que toca con la deuda externa, otro de los ingredientes de la política fiscal, el partido debe asumir una definición política concreta en sintonía con las circunstancias que condicionan la actual situación del país.

Aún cuando se debe estar de acuerdo en que el requisito esencial para la consolidación del crecimiento sostenido de nuestra economía está en que se apliquen reformas económicas serias, no se le puede pedir al país que, en cualquier caso, se estanque en los mismos resultados económicos y sociales debido a que las relaciones del comercio y de las finanzas internacionales continúan siendo injustas para los países en desarrollo. No se trata de rehuir las responsabilidades contraídas: Se trata de reconocer el hecho contundente e insoslayable de la imposibilidad de pagar, en las condiciones pactadas, aún cuando queramos.

Para alcanzar una solución inmediata al problema de la deuda externa del país, se hace necesario que se contemple el siguiente punto de vista fundamental: No puede haber una auténtica estrategia de desarrollo sin crecimiento con justicia social. De plano, el liberalismo rechaza la recesión y el desempleo como medios de ajuste, y considera contrario a los intereses nacionales el concepto excluyente del crecimiento cuantitativo del producto con exclusión del bienestar social. Para el liberalismo está primero el mejoramiento de las condiciones de vida de las mayorías populares. Tal meta, que destaca un compromiso irrenunciable, no se puede alcanzar con la actual situación de servicio de la deuda. Para que el país vuelva a crecer, única forma de pagar esa deuda, es necesario aceptar una significativa reducción de su servicio y el aumento de los ingresos financieros. Sin una visión clara de las interconexiones entre lo comercial y lo financiero, no habrá estabilidad y expansión en la economía colombiana.

Ahora en cuanto a la política monetaria, el partido liberal tiene que empeñar su palabra en mantener la estabilidad del peso, así como su valor interno y externo. Este es un criterio antiguo del liberalismo, que aún conserva su validez, y sobre el cual reposa todo cálculo humano, y en especial la estabilidad del presupuesto

familiar. Se trata de impedir la especulación que aplasta a los débiles, y desalienta y derrota el trabajo genuino. Los artificios con la moneda deben ser motivo de rechazo para el liberalismo.

La Paz

Es muy complejo el diagnóstico de la violencia en Colombia. Al momento de definir el liberalismo su postura frente a ese diagnóstico, de un problema que es sin duda el más crítico y disolvente de esta época, el liberalismo debe reconocer como suyas algunas posturas fundamentales:

- Mientras no se abra paso el bienestar entre las grandes mayorías populares de la Nación, siempre tendrá el país un caldo interminable de cultivo para la violencia.

El Estado, tomando el recurso de una tributación equitativa pero suficiente; allanándose a la austeridad y a la responsabilidad en el uso de esos recursos, así como acogiendo los instrumentos de la planificación del desarrollo a mediano y largo plazo para intervenir y orientar el conjunto de la economía en función del progreso general de la población, tiene que salirle al paso en forma drástica y decidida a las desigualdades sociales y a la pobreza. Esa intervención debe tener como una meta fundamental, buscar que la economía ofrezca empleos suficientes para la población.

- La Nación no puede comprometerse en una carrera armamentista que debilite las posibilidades del desarrollo económico y social, sin caer en el extremo de quedar impotente para defender su estado de derecho y la integridad de su sociedad y de sus habitantes. Para el liberalismo el énfasis de la intervención del Estado radica en el desarrollo de la democracia política, económica y social.
- Es inaplazable la transformación de las Instituciones políticas del país para que se perfeccione el sistema democrático, sobre todo en los conceptos de la participación y de la fortaleza y eficacia de las distintas ramas del poder público.
- Es necesario el diálogo con quienes estén levantados en armas como fruto de su protesta por la injusticia social y el ordenamiento político del país, y por supuesto, sean además permeables a los procedimientos democráticos para dirimir los

conflictos de la Nación. Este diálogo tiene que estar fundamentado en el presupuesto básico de la voluntad de construir, cuanto antes la paz.

- El Estado colombiano tiene que ser flexible y férreo en la represión de la delincuencia, del terrorismo de todas las procedencias, como la del narcotráfico y la del totalitarismo de derecha o de izquierda, a fin de que la democracia, la integridad de la Nación y de las personas estén protegidas y defendidas con la entereza y la dedicación que son patrimonio del sentimiento patriótico y del respeto por los derechos humanos que caracterizan al liberalismo.
- La tortura, las acciones paramilitares y la justicia privada, son repudiadas por el liberalismo.
- El partido liberal debe promover en todos los escenarios de la Nación una empresa gigantesca de reconciliación y de reculturización del pueblo colombiano, envenenado y sojuzgado por la sed de violencia, o aturdido por la indiferencia y por el desprecio hacia el destino de la patria y de los conciudadanos.
- Hay que reconocer que mientras subsista corrupción en el manejo del Estado y de la empresa privada, no se podrán extinguir la injusticia ni la rabia que son promotoras singulares de la violencia que ahoga a Colombia.